

# Heroínas incómodas

La mujer en la independencia  
de Hispanoamérica

Francisco Martínez Hoyos (coordinador)



Ediciones  
Rubeo

© De esta edición:  
Ediciones Rubeo, 2012  
[www.edicionesrubeo.blogspot.com](http://www.edicionesrubeo.blogspot.com)

© De las ponencias: sus respectivos autores.

Ilustración de portada: Rabona y soldado. Acuarela de Pancho Fierro (siglo XIX).

ISBN:978-84-939865-4-4

Depósito Legal:B-15015-2012

Impreso en España

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

## Mujeres visibles e invisibles en la historia de la Independencia

Amor Perdía

Profesora de Historia

Cuando se habla de “visibilidad” en Historia se hace referencia, en general, a la revalorización de un objeto de estudio poco analizado hasta entonces. La mujer ha salido de este espacio oculto desde mediados del siglo XX, pero su visibilidad no supuso un cuestionamiento al paradigma androcéntrico tradicional<sup>1</sup>. La historia de las mujeres incorporó biografías femeninas al relato masculino sobre el pasado. Lo cual no significa que haya sido fácil e improductivo dicho trabajo. Ardua ha resultado la tarea de hallar datos sobre las mujeres y valioso es, por ende, el fruto de tamaño esfuerzo. Pero aun así, la historia de las mujeres, las incorpora en su relación al mundo masculino, (hija, madre, esposa), las halaga por sus características masculinas (guerreras y valientes como hombres) y las juzga como mujeres atemporales, definidas, únicamente, por las particularidades de su sexo.

La idea de “género”, en cambio, remite a una historiografía que busca ver cuáles son los atributos culturalmente asignados a cada sexo, en un momento determinado. De esta manera el concepto de “poder” cruza por las definiciones de un hombre o una mujer; cruza por las relaciones que entre ellos se establecen, por sus posibilidades y límites. Una mujer se define, entonces, en un lugar, en un momento, y dentro de una relación de poder determinada. Es así que la historia de géneros se relaciona con el conflicto (enfrentamiento y necesidad mutua) que también puede caracterizar a una historia de clases sociales, o de razas, o de grupos etarios<sup>2</sup>.

Analizar a las mujeres con una mirada política implica, en consecuencia, verlas en su clase, en su raza y en su grupo etario. Esto permite romper, además, con una falsa solidaridad de género presente en muchos artículos historiográficos, donde se reivindica a mujeres disímiles por el (¿simple?) hecho de ser mujeres. Olvidando, así, las posibilidades económicas, sociales, culturales y políticas en donde se movieron las acciones realizadas por estas mujeres. Muchas veces la historia nacional, con el afán (sincero) de revalorizar el hacer femenino ha puesto en la misma tarima esfuerzos dispares. Colocando a aquellas que dieron algunas de sus joyas como aporte económico a la causa de la independencia, junto a quienes perdieron hijos, marido y absolutamente todas las posesiones en la misma causa.

El análisis de la visibilidad progresiva y diferente que este texto utiliza, tiene el objetivo político de romper con esta injusticia.

### **La historia más visible**

La historia más visible engendra a las mujeres más vistas. El largo proceso que va desde la ruptura del Estado Colonial hasta la formación del Estado Nacional Moderno tiene grandes líneas de análisis que es preciso ver por sobre los sinuosos hechos coyunturales.

La Revolución municipal del 25 de mayo de 1810 cruza los límites de la ciudad porteña de Buenos Aires hacia el resto de los territorios del Virreinato del Río de la Plata. Aquella Revolución política implica, Cabildo Abierto mediante, un cambio de autoridad: el fin del poder virreinal, el comienzo de una Junta de gobierno definida localmente. Esta Junta está dirigida por una elite urbano criolla<sup>3</sup> que sienta las bases del proceso que acaba de abrirse.

Cuando esta Revolución anticolonial se “exporta” al resto

del Virreinato comienza a transformarse en guerra. Si la cabeza de este proceso es la elite urbana criolla, el cuerpo ha de ser la gran masa poblacional (urbana y rural) que puebla las principales zonas de conflicto: El Alto Perú, Salta, Jujuy, la Banda Oriental y las provincias mesopotámicas. Con la expansión de la guerra se da una militarización de la sociedad. La guerra define el día a día para muchas personas, y esto será así, en los primeros veinte años, tras la revolución de 1810. Significará, además, el quiebre definitivo de la estructura económico-extractiva colonial y, con ello, la crisis de la elite urbana que capitanea la guerra<sup>4</sup>.

Se da, también, una militarización de la política, la que está guiada por dos grandes ejes: la lucha contra el Estado español y la forma que debería adoptar el nuevo Estado local. El primer tema hallará más consenso que el segundo. Ya antes de la firma formal de la independencia, el 9 de julio de 1816, la lucha contra la organización colonial es evidente y podemos decir que está casi concluida para 1825. No así la definición sobre cómo debe ser la nueva organización política. Estos debates internos recrudescerán a partir de ese año y no será hasta 1880 cuando se pueda hablar de una unidad lograda.

Esta unidad cerrará la transición del dominio de una elite colonial a una elite nacional. Implicará la extirpación de proyectos alternativos, la eliminación de los caudillos provinciales y la alianza de diversos sectores económicamente dominantes. La unidad política finalmente lograda en 1880, dará frutos a un Estado Nacional Moderno profundamente oligárquico.

### **Las mujeres que se ven y las que no se ven**

Durante el proceso de independencia los discursos liberales pueblan los textos y las argumentaciones públicas. Pero estas nuevas ideas burguesas no van a significar mayores derechos

para las mujeres, sino, más bien, lo contrario. La autonomía que ganó el ciudadano, el hombre libre, era una prerrogativa exclusivamente masculina. Las mujeres, en cambio, se vieron atadas a preceptos más acartonados y rígidos. En este sentido, dice Dora Barrancos: “Severamente amonestadas para que pudieran conservar virtudes de la pureza sexual, las jóvenes de las capas medias que constituían la burguesía en las sociedades avanzadas –sin duda, un conjunto muy heterogéneo- vivieron mayores restricciones, lo que significó una pérdida sensible de las determinaciones propias que, al menos en el siglo XVIII, pudieron gozar las integrantes de la aristocracia de las naciones europeas”<sup>5</sup>.

En esta etapa las mujeres que tuvieron mayor visibilidad son las pertenecientes a la elite urbano criolla. El rol que se les permitió asumir, principalmente, fue el de la mujer hacedora de uniformes, banderas o generosa donante de joyas para el empobrecido ejército patrio. Estos fueron los espacios estimulados en ese momento, celebrados públicamente y premiados. Hubo, es cierto, otras acciones elogiadas y hasta condecoradas, pero fueron la excepción y no la regla: elogios a un valor y a un conocimiento “poco comunes á personas de su sexo”<sup>6</sup>.

Estos diferentes roles femeninos fueron incorporándose al reconocimiento histórico con el paso de los años, como el de espionaje o la lucha directa. Aquí ingresaron muchas mujeres que si bien pertenecían a familias acomodadas en aquellas zonas de guerra, pusieron su patrimonio y su vida en riesgo por el logro de la independencia. Es importante dar nota que la visibilidad no les llegó en vida y por eso muchas de estas mujeres murieron en la extrema pobreza y el anonimato, apenas localizables en interminables juicios en los que reclamaban al nuevo Estado alguna devolución por los esfuerzos hechos.

La visibilidad más reciente (y por ello la más oscura) in-

cluye, también, a las mujeres que formaron parte constante de la lucha. Ya sea como compañeras de los soldados o como guerreras. De muchas de ellas no se tiene más que un mote o un apodo. Anécdotas mezcladas e imprecisas que dificultan la llegada de la luz, pero que dan cuenta de un olvido general que aún sigue prolongándose.

### **Las más visibles: Revolucionarias argentinas**

*Las revolucionarias argentinas* eran porteñas. Para 1810 la expresión “argentino/a” se utilizaba para nombrar solo a los rioplatenses, y era empleado, principalmente, por visitantes extranjeros. Que un gentilicio tan local y externo terminara siendo la denominación del conjunto del país no es un dato menor. Eso da cuenta, en realidad, desde dónde se fue organizando la unidad al Estado Nacional argentino, así como el trazo que dio forma a la historia oficial.

El Virreinato del Río de la Plata era una unidad administrativa, no una patria. Un nativo en ese territorio compartía su Nación, -y Estado, pues eran considerados como sinónimos-, con un español. Pero su “patria” se asociaba al lugar de nacimiento. La “patria chica” podía ser Córdoba, o Tucumán, o Buenos Aires. No había un gentilicio que identificara como unidad a los nacidos en territorios del Virreinato, porque tal unidad, como sentido de pertenencia, no existía.

De hecho, una de las pocas mujeres de la que se tienen datos en los inicios de la historia nacional aparece en las invasiones inglesas de 1806, bajo el mote de su “patria chica”. Es así que permanece inscripta en el parte de Liniers:

No debe omitirse el nombre de la mujer de un cabo de Asamblea, llamada Manuela la Tucumanesa (por la tierra de su nacimiento), que combatiendo al lado de su marido con sublime entereza mató a un soldado inglés del que me presentó el fusil<sup>7</sup>.

Manuela Hurtado de Pedraza, criolla del Tucumán, participa junto a su marido en la Reconquista de la ciudad de Buenos Aires. Ante la invasión inglesa y la huida del virrey Sobremonte, Santiago de Liniers, francés, al servicio de la corona española, encabeza la expulsión de los ingleses. Comandando tropas montevidéanas y milicias organizadas para la ocasión, este militar galo dirige la Reconquista en una batalla desarrollada en agosto de 1806. Allí, Manuela ve morir a su marido a manos de un soldado inglés, toma, entonces, el arma del caído y mata al enemigo. Cuando termina la lucha, se presenta ante Liniers a entregarle el fusil británico. Por esto es distinguida con el grado de Alferéz y, tras el reconocimiento real, pasa a cobrar el sueldo de Subteniente de Infantería<sup>8</sup>.

Desde mediados del siglo XX, la historia nacional comienza a analizar el proceso de independencia no solo desde la reconocida fecha del 25 de mayo de 1810, sino desde las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Estos tres o cuatro años incorporados tienen un valor real en el proceso, aunque no dejan de ser un arbitrio como toda definición histórico-temporal. Tras estos eventos de lucha y recuperación, se genera una militarización de la sociedad porteña en pos de la defensa, que se traduce, además, en una fuerte politización. La militarización acarrea cambios en los frágiles equilibrios sociales, permitiendo el ascenso de oficiales milicianos criollos a espacios de poder y reconocimiento hasta entonces vedados. Un imperio que se tambalea en Europa, ante la fuerza de Napoleón, se resquebraja en América por el espacio de poder que comienzan a adquirir los criollos. Esta capacidad de mando creciente va de la mano de cierta autosuficiencia económica para la organización de la defensa de la ciudad (y es sabido que aquel que aporta a la guerra quiere, luego, opinar sobre la paz).

La politización que se da en la sociedad porteña desde las



invasiones inglesas deambula por el espacio privado de los hogares donde la mujer tiene mayor peso. Las tertulias, según entiende Dora Barrancos, son el eje de la vida social desde los últimos tiempos virreinales, y allí, las mujeres, criollas o españolas, cuentan con un poder que difícilmente puede reproducirse en otro espacio. “Las matronas dueñas de casa tenían decisiva participación en la organización y mantenimiento de las tertulias, solían ser el alma de esas repetidas reuniones que, por lo general, acontecían tres veces en la semana y no podían ir más allá de las diez de la noche”<sup>9</sup>.

La intervención de las damas en la vida política se remite a estos espacios privados que alcanzan trascendencia pública. Las tertulias, como explica Jorge Myers: “constituían el ámbito por excelencia de las mujeres, el único espacio en el que ellas podían participar abiertamente, (...) Más aún, allí también podían ejercer aquellas damas su influencia no siempre demasiado sutil sobre los protagonistas de aquel espacio público del que estaban formalmente excluidas, el de la política. Para las mujeres de elite, las reuniones privadas ofrecían una oportunidad y medio por el cual hacerse oír —respecto del destino de los hijos y maridos en primera instancia, pero también respecto de la marcha de los asuntos generales del estado—”<sup>10</sup>.

Es por todo esto que las *revolucionarias argentinas* de 1810 tienen un ámbito de acción por excelencia: las tertulias porteñas. Una de estas mujeres logra, en su tiempo y a través de la Historia, el grado más alto de visibilidad: Mariquita Sánchez de Thompson.

María de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo nace en la ciudad de Buenos Aires el 1 de noviembre de 1786. Ya en 1804, su nombre se hace célebre, pues dirige una misiva al virrey Sobremonte alegando la figura del “disenso” con respecto a la orden paterna de casarse con Diego del Arco, un es-

pañol rico y bastante mayor a ella. Un año después de iniciado el juicio, y tras el apoyo de varios vecinos importantes de la ciudad, el virrey acepta el casamiento de Mariquita Sánchez (como se la conocía), con su primo Martín Thompson<sup>11</sup>.

Cuando una fragata inglesa llega a Montevideo con la noticia de la disolución de la Junta de Sevilla la precaria autoridad del virrey Cisneros se quiebra<sup>12</sup>. Es el 25 de mayo de 1810 y, como fruto de un Cabildo Abierto, pasa a gobernar, en reemplazo del virrey, una Junta de gobierno de nueve miembros, (siete criollos, seis de los cuales eran porteños, y dos españoles). Esta Junta envía, inmediatamente, expediciones militares al resto del territorio virreinal para reclutar adhesiones.

Los diez primeros años de conflicto armado desestructuran el orden económico colonial, y eso es un duro golpe para los sueños porteños que imaginan ser cabeza de decisión de los mismos recursos con que antes contaba el Virreinato. La pérdida de zonas como el Alto Perú y la Banda Oriental elimina engranajes claves en el sistema económico rioplatense. Con el Alto Perú se desvanece la principal fuente de metálico y gran parte de los impuestos. Así como el destino comercial que permitía el crecimiento de las zonas del Noroeste y Córdoba.

La Revolución echa mano, entonces, a las expropiaciones directas, acompañadas, simultáneamente, por solicitudes de aportes y la donación voluntaria. Allí aparecen visibles mujeres, pues la tarea se adecuaba a su rol.

Mariquita Sánchez (ahora) de Thompson participa, en 1812, del conocido “complot de los fusiles”, que poco tiene de complot pues es una colecta abierta y anunciada con el fin de juntar el dinero necesario para la compra de armamentos. No se lo muestra como un hecho secreto, sino, por el contrario, se lo publica en el órgano oficial de gobierno: “La Gazeta de Buenos Aires”. Agradece así Monteagudo, en representación del gobierno, la acción de estas damas:

Destinadas por la naturaleza y por las leyes a llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor de los héroes en el campo de batalla” (...) “Saben apreciar bien el honor de su sexo a quien confía la sociedad el alimento y la educación de sus jefes y magistrados; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan entre los defensores de la patria”. Este evento será recordado, además, con una pequeña placa colocada en cada fusil con el nombre de la dama donante. Es por eso que: “Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de sus familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo: “Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad<sup>13</sup>.

Además de la conocida Mariquita, firman aquella exposición pública de su accionar otras damas revolucionarias. Allí están, por ejemplo, Remedios de Escalada, futura esposa del Libertador San Martín. Su firma está precedida por la de su madre, quien fuera la anfitriona en las reuniones que originaron este “complot”. Otras dos mujeres más de su familia pueblan la lista. También está la española Carmen Quintanilla de Alvear, esposa de Carlos María de Alvear, militar porteño recién llegado a la ciudad, junto a San Martín.

Las tertulias de Ana Estefanía Dominga Riglos, Melchora Sarratea, o Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña son, también, conocidos espacios de acción política<sup>14</sup>. La importancia asignada a la opinión de estas mujeres se ven en algunos hechos concretos como el ocurrido el 18 de mayo de 1810, cuando Casilda, junto a Ana Riglos y otras damas, se dirigen a conversar con el jefe del Regimiento de Patricios, Cornelio Saavedra, para convencerlo de prestar ayuda a la inminente Revolución<sup>15</sup>.

Las elaboradas opiniones políticas de estas mujeres letradas y visibles pueden hallarse también, en los escritos que han llegado hasta nosotros. Caso paradigmático es el de María Guadalupe Cuenca, esposa de Mariano Moreno<sup>16</sup>, quien redactara misivas a su amado ya muerto en alta mar. “En ellas, a modo

de “agente política”, Guadalupe intenta mantener a su marido al tanto de todo cuanto se dice en el mundillo porteño”<sup>17</sup>.

En el centro de las decisiones políticas, los hombres de la Revolución discuten y proyectan, solo un puñado de mujeres logra introducir allí sus opiniones. Desde el dominio del espacio privado, centradas en el rol de madres y esposas que les está asignado, logran hacerse visibles y audibles. Aunque el relato masculino las presente como un toque de color y delicadeza femenina en la lucha por la independencia, sus juicios políticos forman parte de los debates de la Revolución. *Las revolucionarias argentinas*, en consecuencia, son algo más que una voz delicada animando canciones patrias.

### **Visibilidad tardía: Las Guerreras**

En el marco de la celebración del Centenario de la Revolución de mayo de 1810, la Presidenta de la Sociedad “Patricias Argentinas” le solicita al historiador Adolfo Carranza permiso para reeditar su libro de igual nombre publicado inicialmente en 1901. El texto reivindica a una serie de mujeres por considerarlas importantes en la conformación de la Patria. Sobre esta selección de damas se realiza, además, una serie de medallas conmemorativas.

Han pasado, entonces, cien años de la Revolución y el Estado Nacional Moderno se halla conformado bajo un sistema oligárquico de gobierno. Su elite se basa en la concentración del poder político y se apoya en una economía primaria exportadora. La alianza de las clases dominantes de Buenos Aires y el interior ha sido realizada, y los caudillos, como expresión de organizaciones provinciales autónomas, han sido completamente eliminados.

El problema, para el Estado que se está consolidando, radica, ahora, en la elevada afluencia de inmigrantes. Esta diver-

sidad cultural es entendida como disolvente de un “ser nacional” en formación. La “educación patriótica” y, con ello, el fortalecimiento de los héroes nacionales busca ser respuesta a este problema, creando la identidad argentina. La revalorización de la Revolución de mayo y el proceso de independencia tiene, entonces una funcionalidad política muy clara. Para la historiografía argentina significa la creación del mito fundacional en la Revolución de 1810.

Uno de los nombres claves en este proceso es el historiador Adolfo Carranza.<sup>18</sup> Con su libro *Patricias Argentinas* cubre la cuota femenina en la historia nacional, reivindicando a las visibles *revolucionarias* de siempre y a algunas nuevas mujeres recuperadas para la luz.

Con una introducción que comienza alabando el recuerdo de Isabel la Católica dándole sus joyas a Colón, es la donación el eje del esfuerzo femenino. Se reproducen los listados de las mujeres donantes, así como las cantidades ofrecidas. Labores netamente femeninas glorifican a estas patricias argentinas (que ya no son solo porteñas). Dice Carranza:

...ya que no pueden desempeñar las funciones duras y ásperas de la guerra se contentan con presentarse a coser las camisas de los soldados, que han de defender la libertad de sus hijos, padres, esposos y hermanos (...) esas graciosas argentinas, que robando las horas a sus ocupaciones precisas, se dedican a coser el tosco lienzo para los campeones de la patria<sup>19</sup>.

Es entonces que, a las ya conocidas mujeres del “complot de los fusiles”, se suman altas damas del interior. Gregoria Pérez Denis, por ejemplo, quien fue una criolla santafesina, descendiente de Hernandarias y Juan de Garay, ofrece su estancia de Entre Ríos al Ejército del Norte. Allí el General Belgrano organiza los soldados que le quedan del regimiento de Blanden-

gues, para dirigirse, luego, al Paraguay. Se nombra, también, a la cordobesa Tiburcia Haedo de Paz que “no solo concurrió con su óbolo de dos onzas de oro, sino que accedió gustosa, como se verá en el honroso documentos que publicamos al final, á que sus hijos, José María y Julián, ingresaran en los ejércitos de la revolución”<sup>20</sup>. Se refiere a la madre del “manco” Paz, guerrero en las luchas por la independencia y luego jefe de las fuerzas unitarias en tiempos de enfrentamiento civil. Sobresalen, también, la chilena Dolores Prats de Huysi, quien confecciona, junto a otras damas mendocinas, la Bandera de los Andes que San Martín utilizara en el cruce a Chile. Esta dama, había emigrado a la gobernación de Cuyo en 1814 ante la reconquista española de suelo chileno. Se celebran, esencialmente, las donaciones, la confección de banderas o uniformes y detalles pintorescos como la creación de un enrejado capaz de aclamar una victoria militar. Tal fue el caso de Jerónima San Martín, “cuando llegó la noticia de la victoria de Chacabuco y dio un baile, colocando en la ventana exterior una reja con la inscripción “Viva la Patria, 1817”, adornándola de rosas y laureles”<sup>21</sup>.

Las patricias del interior parecen, entonces, no haber realizado una labor diferente a las revolucionarias porteñas, pero las delicadas palabras de Carranza, esconden, en más de una ocasión, acciones directas de mujeres concretas. En aquellas zonas donde la intervención militar es permanente, la respuesta de los criollos (y las criollas) no puede limitarse a la entrega de bienes o los discursos de tertulias. En Salta y Jujuy, específicamente, las mujeres cumplen un importante rol. Estas ciudades son invadidas por los españoles en repetidas oportunidades y recuperadas por los ejércitos patrios en otras tantas. Representan el escenario de una “guerra gaucha” fundada en el desgaste permanente al ejército realista, para lo cual es preciso un amplio apoyo de la población.

La salteña Martina Silva de Gurruchaga es reconocida, en el libro de las “Patricias Argentinas”, por su “entusiasmo” para armar a ciudadanos que contribuyeron al triunfo de la batalla de Salta, así como por obsequiar una bandera al ejército de Belgrano. Pero las escasas frases que el autor destina a esa mujer no explican cabalmente la acción desarrollada por ella. Y hasta resulta aparentemente excesivo el agradecimiento que personalmente le destina el General Belgrano: “Señora, si en todos los corazones americanos existe la misma decisión que en el vuestro, el triunfo de la causa porque luchamos será fácil”<sup>22</sup>.

Martina, señora de la alta sociedad salteña, casada con un rico comerciante, se encuentra, en los comienzos de 1813, en una ciudad ocupada por tropas realista. Esta criolla, compenetrada con la idea de la independencia, decide formar un grupo de soldados. En su casa de Cerrillos, a quince kilómetros de la ciudad, prepara, junto a otras mujeres de la zona, una fuerza capaz de respaldar la inminente llegada de Belgrano. Se sabe que el general, triunfador en la batalla de Tucumán de septiembre de 1812, alista allí sus fuerzas para avanzar sobre Salta. Cuando eso ocurra, Martina tendrá gente armada y lista para apoyar en el frente. En la batalla de Salta, del 20 de febrero de 1813, las damas, portando uniformes de hombres, encabezan la compañía de refuerzo preparada en Cerrillos. Esa presencia numerosa que surge tras las lomas, en plena batalla, aparece amenazadora ante los ojos españoles. Muchos realistas huyen al sentirse acorralados, mientras el grueso del ejército se repliega en la Plaza Mayor de la ciudad, hasta rendirse.<sup>23</sup> Viendo así los hechos, el reconocimiento de Belgrano (que la nombró Capitana del ejército) parece cobrar mayor sentido.

A fines de mayo de 1814, el comandante español Pezuela ocupa la ciudad de Salta nuevamente. Una de sus primeras acciones recae sobre las “bomberas”<sup>24</sup>, pues sabe que en las som-

bras debilitan su organización. Expresión de ello son sus palabras al virrey del Perú:

...nos hacen casi con impunidad una guerra lenta pero fatigosa y perjudicial. El arbitrio para reprimir y castigar estos insultos sería el oponer gauchos a gauchos con refuerzo de buena tropa de fusil [...]. A todas estas ventajas que nos hacen los enemigos se agrega otra no menos perjudicial que la de ser avisados por horas de nuestros movimientos y proyectos por medio de los habitantes de estas estancias y principalmente de las mujeres relacionadas con los vecinos de aquí y Salta que se hallan con ellos, siendo cada una de estas un espía vigilante y puntual para transmitir las ocurrencias más diminutas a este ejército<sup>25</sup>.

Juana Moro de López, joven viuda perteneciente a una de las familias más tradicionales de la zona, se viste humildemente para pasar desapercibida y llevar, así, información sobre los recursos y los movimientos realistas. Con la llegada de Pezuela, Juana es detenida y condenada por espionaje a morir tapiada en su propio hogar, aunque será rescatada por sus vecinos.

Doña Gertrudis Medeiros de Cornejo resiste el avance de los soldados españoles atrincherándose en su casa con los peones, pero resulta vencida del mismo modo que un año antes lo había sido a manos de Pío Tristán. Vuelve, entonces, a la cárcel y es trasladada a Jujuy, a pie, cargada de cadenas, mientras los realistas se apropian de sus bienes. Nada de esto detiene su acción, pues continúa su labor como espía en la “guerra gaucha”. Es nuevamente detenida y sentenciada a muerte, logrando huir en el último momento. En la siguiente invasión española pierde otra propiedad que tenía en Tucumán y muere en la pobreza reclamando al Estado una pensión por su labor.

María Loreto Sánchez de Peón, una dama de la alta sociedad salteña, disimulada como vendedora callejera logra introducirse en los cuarteles realistas. Escucha los presentes y ausentes en las tropas mientras pasa granos de maíz a bolsitas



que cuelgan de su cintura a diestra y siniestra. Para el final de la jornada, tiene el número exacto (aún sin saber contar) de los soldados realistas. Información que pasa solapadamente a quien dirige aquella “guerra gaucha”: Martín Miguel de Güemes.

Hay otras dos mujeres que no pueden dejar de nombrarse en esta lucha. Ambas ganaron visibilidad muchos años después de ocurridos los hechos, pero fueron, en su momento, imprescindibles en la guerra de la independencia. Magdalena Güemes de Tejada, “Macacha”, es la mejor colaboradora con la que cuenta su hermano. Aguerriada, pero diplomática, sabe acompañar la labor del primer gobernador salteño elegido por aclamación popular. Ella estimula y organiza las acciones de espionaje realizada por diferentes mujeres de la región, además de colocarse, en más de una oportunidad, al frente de los gauchos armados. También se distingue por su rol de intermediaria diplomática en los desacuerdos de su hermano con los representantes de Buenos Aires.

Juana Azurduy es otra mujer imprescindible para la “guerra gaucha”. En un territorio de avance y retroceso permanente, las “Republiquetas” se convierten en pequeños espacios autónomos a cargo de jefes locales, con una fuerza militar propia. Su esposo Manuel Ascencio Padilla comanda una de estas “Republiquetas” en el norte del Departamento de Chuquisaca, centrada en el pueblo de La Laguna. Juana, acompañada siempre de un amplio grupo de mujeres, dirige las tropas en los enfrentamientos militares con los realistas. En medio de luchas y huidas por montes inhabitables, esta guerrera pierde sus cuatro hijos a causa de la malaria y la disentería. Juana y su marido alimentan con su acción la guerra de desgaste que permite al caudillo Güemes mantener a raya a los invasores. Por su participación, al frente de un grupo de criollos e indios, en la batalla de “El Villar”, en mayo de 1816, fue reconocida con el

grado de Teniente Coronel. En relación a su accionar en este enfrentamiento, Belgrano escribe: “me consta que ella misma arrancó de las manos del abanderado, ese signo de la tiranía, á fuerza de su valor y de sus conocimientos en la milicia, poco comunes á las personas de su sexo”<sup>26</sup>.

Cuando la celebración del Centenario devuelve a la luz a estas mujeres, lo hace resaltándolas como damas, más que guerreras. La razón de esto no se apoya en una reivindicación que busca acentuar una delicadeza “propia” de la femineidad, sino un homenaje que “limpia” a las espías y guerrilleras de sus reivindicaciones sociales. Aún en los casos en que las mujeres son retratadas como heroínas de acción, lo hacen situándolas en la soledad de un carácter excepcional y, sobre todo, irrepetible. La visibilidad tardía de muchas de estas mujeres se da tras la derrota de los proyectos y sueños por los que lucharon. Ellas, ya sea por su origen de clase, o por el grupo social que las secunda en sus acciones directas, representan a un sector aliado pero peligroso para la elite urbana criolla. Aliados en las pretensiones políticas anticoloniales, pero peligrosos en cuanto expresión de quiebre de la estructura social heredada de la colonia.

Halperin Dongui marca las diferentes actitudes de este sector urbano revolucionario en cuanto a las intenciones reales de ampliar las bases sociales de su propuesta. Los muestra más abiertos y predispuestos allí donde (creen que) no representa un peligro directo a la jerarquía social que pretenden encabezar. “En el Alto Perú, con la emancipación de los indios y en Salta, con el movimiento plebeyo de Güemes, los revolucionarios de Buenos Aires han mostrado que son capaces de buscar apoyos en sectores que la sociedad colonial (en la que esos mismos revolucionarios tenían lugar elevado) colocaba muy abajo. Acaso esta audacia era más fácil porque el Alto Perú y Salta estaban muy lejos, y esa política no debía tener consecuencias en cuanto

a la hegemonía local de los sectores que en Buenos Aires habían comenzado la revolución. Por el contrario, en teatros más cercanos la clase dirigente revolucionaria de Buenos Aires iba a mostrarse mucho más circunspecta<sup>27</sup>. Esto último refiere a la figura del caudillo Artigas y su organización de las provincias mediterráneas. Su base social más amplia y sus reivindicaciones igualitarias eran un peligro para las divisiones sociales heredadas. “El movimiento artiguista encontró la decidida resistencia del gobierno revolucionario de Buenos Aires, que veía en él no solo un peligro para la cohesión del movimiento revolucionario, sino también una expresión de protesta social que requería ser inmediatamente sofocada<sup>28</sup>”.

Para la conformación de un nuevo Estado resulta necesaria la estructuración de una nueva sociedad civil, capaz de aceptar ese Estado. Este disciplinamiento social es un proceso que va cobrando mayor presencia cuando las luchas por la independencia van llegando a su fin. Myers plantea que, tras la Revolución, “la nueva elite surgida de su triunfo se hallaría obligada a asumir una doble tarea: la de su propia constitución, y la de legitimar esa constitución en un ámbito que no le era necesariamente propicio<sup>29</sup>”. En este desarrollo paralelo se tornan invisibles aquellos proyectos políticos alternativos al porteño, pues significan una facción real, concreta y opuesta a sus intereses<sup>30</sup>.

Las constantes desavenencias entre Buenos Aires y el resto del territorio antiguamente perteneciente al Virreinato, muestran la endeble alianza interna frente al peso del centralismo porteño. La obstinación en este propósito significa, en más de un caso, el fracaso militar ante los españoles y, con ello, la pérdida de territorio. De esto se lamenta Manuel Ascencio Padilla en 1815, cuando recibe la orden de salvar el terreno perdido por el Ejército del Norte. José Rondeau, a cargo de esta Fuerza,

le solicita reorganice las tropas que quedaron dispersas tras la derrota de Sipe-Sipe y detenga el avance realista. Es el mismo Rondeau que ha declarado a Güemes traidor y ha impedido la participación en el ejército de voluntarios indios por considerarlos inferiores. El compañero de Juana Azurduy responde entonces:

El gobierno de Buenos Aires manifestando una desconfianza rastrea ofendió la honra de estos habitantes, las máximas de una dominación opresiva, como la de España, han sido adoptadas con aumento de un desprecio insufrible; la prueba es impedir todo esfuerzo activo a los peruanos, que el ejército de Buenos Aires con el nombre de auxiliador para la patria se posesiona de todos estos lugares a costa de la sangre de sus hijos, y hace desaparecer sus riquezas, niega sus obsequios y generosidades... Y ahora que el enemigo ventajoso inclina su espada sobre los que corren despavoridos y saqueando, ¿debemos salir nosotros sin armas a cubrir sus excesos y cobardía? Pero nosotros somos hermanos en el calvario y olvidados sean nuestros agravios abundaremos en virtudes...<sup>31</sup>

Aquellos que “abundan en virtudes” no logran imponer su proyecto federal. Son relegados de los espacios de poder políticos y condenados a permanecer afuera. Muchas de estas mujeres de acción pasan a engrosar, entonces, las filas los “pajueranos” de la historia nacional<sup>32</sup>. La elite criolla urbana es, por otro lado, quien mejor se adapta a la nueva estructura económica que establece la hegemonía internacional de Gran Bretaña. Su puerto es la garantía de una relación comercial dependiente entre esta nueva metrópoli y su más reciente colonia. Los ingleses, perdedores en el cuerpo a cuerpo durante las invasiones de 1806 y 1807, terminan triunfando ideológicamente de la mano de estos sectores locales. Waldo Ansaldi entiende que “en el plano interno, la destrucción del poder colonial, a partir de 1810, debe más al efecto corrosivo de los comerciantes ingleses y de las relaciones con las economías ca-

pitalistas centrales (inglesas, particularmente), que al poder superador de las fuerzas sociales locales”<sup>33</sup>.

Cuando de las guerreras del norte solo quedan los míticos recuerdos (y los largos legajos reclamando sus pensiones), pueden volver a ser iluminadas. Pero la reivindicación que el Centenario hace es en el marco de acciones individuales (y no proyectos colectivos), y en labores netamente femeninas, donde raras excepciones hablan de manifestaciones fuertes y heroicas, como rasgos masculinos en mujeres, quizás, excesivamente patrióticas. El discurso liberal moderno ha triunfado<sup>34</sup>.

En noviembre de 1816, Juana Azurduy pierde a su marido, Manuel Asencio Padilla, quien se arriesgara ante el ejército español por rescatarla. Continúa al mando de su batallón, cada vez más escueto, acompañando la labor de Güemes. A la muerte de éste, en 1821, las guerreras vuelven a sus historias privadas mientras ven evaporarse sus sueños políticos. Hasta 1825 Juana vive en Salta, regresando, entonces, a su tierra natal: Chuquisaca. Desde allí le escribe a la compañera de Bolívar, Manuela Sáenz, decepcionada por los tiempos que le tocan vivir:

Llegar a esta edad con las privaciones que me siguen como sombra, no ha sido fácil, y no puedo ocultarle mi tristeza cuando compruebo que chapetones contra los guerrilleros en la revolución, hoy forman parte de la compañía de nuestro padre Bolívar. López de Quiroga a quien mi Asencio le sacó un ojo en combate, Sánchez de Velasco, que fue nuestro prisionero en Tomina; Tardío contra quien, yo misma, lanza en mano, combatí en Mesa Verde y La Ricoleta, cuando tomamos la ciudad junto al general ciudadano Juan Antonio Alvarez de Arenales. Y por ahí estaban Velasco y Blanco, patriota de última hora. Le mentiría si no le dijera que me siento triste cuando pregunto y no los veo, por Camargo, Polanco, Guallparrimachi, Serna, Cumbay, Cueto, Zárata y todas las mujeres que a caballo, hacíamos respetar nuestra conciencia de libertad<sup>35</sup>.

Tiene entonces cuarenta y cinco años, ha perdido a su marido y a cuatro de sus cinco hijos, además de todas sus posesiones, en la guerra de la independencia. Aún le resta vivir treinta y siete años más en la nebulosa del olvido, para morir completamente arruinada y ser enterrada en una fosa común. En 1910 Carranza da a luz a una nueva y gallarda Juana Azurduy, una heroína romántica que puede incluirse en los homenajes patrios. Es así que la amazona de Chuquisaca comienza a ganar visibilidad, desde un retrato militar, áspero y con rasgos casi masculinos, pero profundamente solitaria. No es la cabeza de un batallón de mujeres, sino una excepción, una guerrillera que puede acceder a ese nombre por ser esposa de un guerrillero<sup>36</sup>.

En el marco de las celebraciones del Centenario nace la iconografía oficial sobre la historia patria. Carranza es el encargado de concebirla, organizarla y difundirla, el pintor chileno Pedro Subercaseaux hará el resto. Luego, los manuales escolares y las revistas infantiles repetirán (y repiten) hasta el hartazgo las imágenes de Subercaseaux, tornando difusos los límites entre el hecho histórico y la representación artística. En esas célebres pinturas una sola mujer está retratada con nombre y apellido, con elegancia y patriotismo. Mariquita Sánchez de Thompson, joven y bella, entona, por primera vez y para toda la posteridad, las estrofas del himno nacional<sup>37</sup>.

### **La invisibles: pobres, negras y mujeres**

Tras la Revolución porteña de mayo de 1810 resulta necesario convencer a los representantes políticos del resto del Virreinato del Río de la Plata. Asegurando, así, el territorio imprescindible para la subsistencia de la nueva organización autónoma. Se envían, por ello, diferentes expediciones militares: una al Paraguay, otra al Alto Perú y una tercera a la Banda Oriental. Que todos estos territorios hoy no formen parte de

la República Argentina ofrece un dato sobre el resultado final de dichos intentos.

En la organización de estas fuerzas armadas se intensifica una costumbre de reclutamiento ya estrenada en las urgencias de las invasiones inglesas. La Junta de gobierno establecida en 1810 decreta que el ejército debe constituirse sobre la base de todos “los vagos y hombres sin ocupación conocida, desde la edad de los dieciocho hasta la de cuarenta años”. Pero el término de “vagos” se flexibiliza ante las necesidades militares, incorporando a las Fuerzas a peones conchabados o embargando a esclavos. No faltarán, desde entonces, compañías de pardos y negros en todas las batallas de la guerra por la independencia<sup>38</sup>.

La negra María Remedios del Valle parte de la ciudad de Buenos Aires el 6 de julio de 1810 acompañando al ejército auxiliar destinado a las provincias del norte. Lo hace junto a su marido y a sus dos hijos. Actúa como enfermera, espía y, en más de una ocasión, como soldado en las batallas, logrando el grado de capitana. Es tomada prisionera en Ayohuma y azotada públicamente. Escapa y ayuda a huir a otros prisioneros, volviendo, entonces, al campo de la acción militar. Pierde allí a sus hijos y a su marido, permaneciendo en el norte para integrar las fuerzas del caudillo Güemes.

No es extraño ver negros en los ejércitos, como tampoco lo es ver mujeres. En su rol de acompañantes, enfermeras o cocineras (pero siempre anónimas), ocupan espacios importantes en las fuerzas armadas. Algunas también están en los frentes de batalla. Pocos nombres se conservan, pero dos o tres han quedado como ejemplo de una realidad bastante habitual. Juana María y Juana Agustina González son descubiertas por Belgrano entre sus hombres y enviadas inmediatamente a Córdoba. El General no aprueba la presencia femenina en las Fuerzas y solicita al gobernador que las devuelva a “su país” (sic), pues

fueron halladas, vistiendo ropas de hombre en el Regimiento de Dragones de la Nación<sup>39</sup>. La mendocina Pascuala Meneses también es sorprendida vestida de hombre en el ejército de San Martín. Este falso “voluntario” queda descubierto cuando la columna de Las Heras marcha por el camino de Uspallata, y es obligada a regresar al campamento del Plumerillo<sup>40</sup>. La Pancha, en cambio, ha conseguido autorización. Es una puntana que viste uniforme militar y porta sable y pistolas, pues es la esposa del sargento Dionisio Hernández. A todos lados acompaña a su marido, al igual que otras tres mujeres que han conseguido la autorización de San Martín<sup>41</sup>. Con permiso o sin él, muchas mujeres acompañan a sus hombres en la batalla, compartiendo con ellos la suerte. Pero, como explica Dora Barranos, las diferencias se notan a la hora de los aplausos. “Aunque la leyenda ocupe el lugar de la verosimilitud, seguramente muchas de esas amancebadas corrieron los mismos riesgos que sus amantes. También lo más probable fue que, a la hora del reconocimiento, resultaran desechadas”<sup>42</sup>.

De la esclava Josefa Tenorio se sabe que le solicita al general Gregorio Las Heras que la deje combatir. Éste acepta su presencia en el frente, y Josefa participa en la campaña como agregada al cuerpo del comandante de guerrillas Toribio Dávalos. Aspira, además, a obtener la libertad personal. No se sabe si lo consiguió, aunque el general San Martín la recomienda para “el primer sorteo que se haga por la libertad de los esclavos”. Vera Pichel, en el texto “Mi país y sus mujeres” cita la carta que Josefa le escribiera a San Martín:

Habiendo corrido el rumor de que el enemigo intentaba volver para esclavizar otra vez la patria, me vestí de hombre y corrí presurosa al cuartel para recibir órdenes y tomar un fusil. El general Las Heras me confió una bandera para que lleve y defienda con honor. Agregada al cuerpo del Comandante General de guerrillas, don Toribio Dávalos, sufrí



todo rigor de la campaña. Mi sexo no ha sido impedido para ser útil a la patria, y si en un varón es toda recomendación de valor, en una mujer es extraordinario tenerlo.

Suplico a VE. que examine lo que presento y juro. Y se sirva declarar mi libertad, que es lo único que apetezco.

Firma Josefa Tenorio, esclava de doña Gregoria Aguilar<sup>43</sup>.

La esclava Juana Robles, por su parte, divulga por la ciudad de Salta, en 1814, la noticia de la rendición de los españoles en Montevideo. Con el objeto de socavar el ánimo realista vocifera los detalles de la victoria criolla hasta que es atrapada y condenada a muerte. Argumentando que se encuentra embarazada logra salvarse de la pena mayor, pero no de las torturas y humillaciones de los soldados españoles<sup>44</sup>.

De otras mujeres, en cambio, no se conservan los nombres. Como las “Niñas de Ayohuma”, una mujer negra, que junto a sus dos hijas auxilian a los soldados heridos en plena batalla<sup>45</sup>. Tampoco de las “Heroínas de la Coronilla” se tiene datos completos, pues un pueblo casi entero de mujeres se organiza, en Cochabamba, para impedir el ingreso de las tropas realistas. Es mayo de 1812 y Goyeneche avanza sobre la ciudad, buscando al coronel criollo Estaban Arze. El Gobernador Mariano Antezana ya se ha expresado a favor de la rendición, entonces las mujeres se hacen cargo de la defensa. Habiendo obtenido las llaves del depósito militar, toman algunas armas que suman a los palos y machetes con los que cuentan. Se reúnen en la Catedral y se dirigen hacia la colina de la Coronilla, con el fin de frustrar la llegada del general español. Éste avanza sobre la ciudad, sitia la colina y logra tomarla luego de horas de combate. En recuerdo a las mujeres cochabambinas, Bolivia recuerda el Día de la Madre cada 27 de mayo.

Los negros en general, las mujeres negras en particular, son totalmente invisibilizados en la historia patria. Cuando las

celebraciones del Centenario arrojan luz sobre algunos aspectos y algunos personajes en el proceso de independencia, ocultan la importancia numérica de las compañías de morenos y pardos. Se limitan a celebrar como el fin de la esclavitud la declaración de la libertad de vientres, ocurrida durante la Asamblea del año XIII. Sin aclarar que aquello fue un proceso que recién entonces daba inicio.

La Libertad de vientres de 1813 solo logra propagar la figura del “patronato”, que implica para los libertos (aquellos nacidos a partir de 1814), la obligación de servir a los amos de su madre hasta los 16 o 20 años, de acuerdo a su sexo. El “patronato” puede ser vendido una y otra vez hasta que el liberto cumpla la edad correspondiente, lo cual convierte a esta figura en una esclavitud encubierta. Lo mismo les ocurre a los que ingresan al ejército, se ven atrapados en plazos que se extienden indefinidamente, prolongando su estado de sujeción. Recién en 1860, con la aceptación por parte de Buenos Aires de la Constitución elaborada en 1853, se pone en vigencia la abolición de la esclavitud en la totalidad del territorio nacional<sup>46</sup>.

La historiografía nacional aún está en deuda con la población negra que dejó su sangre en las guerras de la independencia. Sigue reproduciendo nombres de aquellos cuya “colaboración” principal con la causa de los americanos fue la donación de esclavos. Aún resta sacar a los negros de los listados de bienes para incorporarlos como americanos y americanas en los frentes de batalla<sup>47</sup>.

De María Remedios del Valle se vuelve a tener datos en 1826. Allí se inicia un expediente que da cuenta del proceso llevado adelante por ella, frente al Estado, en reclamo de la suma de seis mil pesos por los servicios a la patria. En ese expediente, María Remedios cuenta, a través de su representante letrado, los pormenores de su accionar en el frente:

...fue sentenciada por los caudillos enemigos Pezuela, Ramirez y Tacón, a ser azotada públicamente por nueve días (...) ha recibido seis heridas de bala, (...) ha perdido en campaña disputando la salvación de su Patria su hijo propio, otro adoptivo y su esposo!!!!: con quien mientras fue útil logró verse enrolada en el Estado Mayor del Ejército Auxiliar del Perú como capitana; con sueldo, según se daba a los demás asistentes y demás consideraciones de su vida a su empleo. Ya no es útil y ha quedado abandonada sin subsistencia, sin salud, sin amparo y mendigando. La que representa ha hecho toda la campaña del Alto Perú, ella tiene un derecho a la gratitud argentina, y es ahora que lo reclama por su infelicidad. De todo lo expuesto podrán informar los señores generales Díaz Velez, Viamonte, Pueyrredón y Rodríguez; a más de la notoria publicidad. Por tanto A V.S. suplica que previo derechos e informes, sea ajustada y satisfecha y se le otorgue la recompensa que se crea justa a su mérito, si su color no le hace indigna al derecho que le otorga al mérito y a las virtudes.

A ruego de la parte.

Buenos Ayers - octubre 23 de 1826<sup>48</sup>.

María Remedios del Valle vive de la mendicidad, deambulando por la Plaza de la Victoria, en la ciudad de Buenos Aires, o suplicando ayuda en las puertas de las principales iglesias. Se hace llamar “la Capitana” y jura haber participado en el ejército del Norte ante la incredulidad de los transeúntes. El general Juan José Viamonte la reconoce en la calle, la recuerda junto a los soldados, durante las campañas de la independencia. Decide apoyar su solicitud de pensión y suma esta referencia al expediente:

Sr. Inspector General:

La que representa es singular mujer en su patriotismo. Ella ha seguido al Ejército del Perú en todo el tiempo que tuvo el mando en él: salió de ésta con las tropas que abrieron los caminos a la independencia del país: fue natural conocerla, como debe serlo, por cuantos hayan servido en el Perú: la dejé en Jujuy después del contraste del Ejército sobre el Desaguadero. Infiero las calamidades que ha sufrido, pues manifiesta las heridas que ha recibido; no puede negársele un respeto patriótico. Es

lo menos que puedo decir sobre la desgraciada María de los Remedios, que mendiga su subsistencia.

Buenos Aires – Diciembre 20 de 1826<sup>49</sup>

El expediente crece desde 1826 a 1829 cuando, finalmente, Contaduría General lo toma. Con la llegada de Juan Manuel de Rosas al gobierno, María Remedios del Valle recibe un ascenso a sargenta mayor de caballería, y en enero de 1830 se la incluye en la Plana Mayor del Cuerpo de Inválidos con el sueldo íntegro de su clase. El gobierno del Restaurador ampara a la población negra, permite sus reuniones y celebraciones, aunque no elimina la esclavitud vigente. Hasta el carnaval, tantas veces prohibido por el Cabildo, es realizado cada año bajo la mirada paternalista de Rosas<sup>50</sup>. Su relación con los negros le fue útil en más de un escollo político con sus adversarios, así como alimentó la imagen de “bárbaro” con que los opositores le denigraban. En la lista de pensiones de noviembre de 1836 María Remedios del Valle figura con el nombre de Remedios Rosas. Este cambio, por otro lado bastante común en la época, mezcla de agradecimiento y sentido de pertenencia, la acompañará el resto de su vida.

En los listados del cobro de la pensión, el último recibo de María de los Remedios tiene fecha del 28 de octubre de 1847. En la lista del 8 de noviembre del mismo año, solo figura una aclaración sobre el fallecimiento de doña Remedios Rosas. En alguna fecha intermedia, entre octubre y noviembre, una de las más invisibles mujeres de nuestra historia nacional dejó de existir. Había unido su nombre al de un gobierno que sería prontamente derrocado, a una historia de bárbaros e incivilizados que oscurecería, aún más, su leyenda.

En otro punto del mapa, de la escala social y de la vida política, la más visible de las mujeres de la historia patria celebraría la caída de Rosas, en 1852. Así le escribía, Mariquita Sán-

chez de Thompson y de Mendeville, desde su exilio en Montevideo, a su hijo:

Montevideo, 4 de Febrero de 1852.

¡Juan, qué sorpresa te voy a dar! ¡Rosas ha caído! ¿Lo creerás? Yo tengo el pulso que me late como el corazón, y no sé lo que te puedo escribir. Cómo te contaré tantas cosas que aquí se oyen como en tumulto, que todos corren por la calle, repiques y cuetes, agitación y nada de detalle aún. (...) Repiques y cuetes que se viene abajo todo, yo no puedo escribirte y lloro y lloro de ver esto, ¡tan patriota soy!<sup>51</sup>

A mediados del siglo XIX el proceso de independencia está completamente concluido. Crudos enfrentamientos internos entre unitarios y federales, civilizados y bárbaros, marcan la organización del nuevo Estado Nacional. La luz de la historia oficial se apoyará, entonces, sobre la patricia Mariquita, mientras la oscuridad disuelve los pocos datos de una negra que había optado por llamarse Remedios de Rosas.

## Notas

<sup>1</sup>El paradigma androcéntrico es dualista (el hombre y la mujer) y jerárquico (el hombre sobre la mujer), visible en las sociedades patriarcales que organizan así su vida y su discurso.

<sup>2</sup>“Una historia de las mujeres, una historia de la feminidad o de la masculinidad, que no realice una historización radical, además de ser teóricamente obsoleta, está destinada a reproducir las naturalizaciones contra las cuales nos rebelamos” Acha, O. y Halperin, P. (compiladores) p. 16. “La aspiración de formación identitaria de las mujeres se halla así conmovida, pues no es posible aspirar a un reconocimiento de mujeres del pasado que serían iguales a nosotras (...) aquello que nombramos como mujeres es una construcción histórica (...) Si aceptamos la identificación sin considerar sus aspectos imaginarios, cometeremos el riesgo de aceptar los rasgos impuestos por los sistemas simbólicos y políticos en los cuales se conformaron”. *Ibid*, pág. 24.

<sup>3</sup>Algunos peninsulares serán parte de este proceso, pues el término de “criollo” refiere, más que un lugar de nacimiento (aunque sí es mayoritaria la presencia de nacidos en América), a una identidad política: anticolonial. Este sector, autodefinido como revolucionario, pretende descabezar el antiguo régimen colonial para tomar, así, el mando. Aspiran llegar a un poder hasta entonces vedado, más que realizar una transformación de la sociedad. Dice Tulio Halperin Dongui: “(...) los revolucionarios no se sienten rebeldes, sino herederos de un poder caído, probablemente para siempre: no hay razón alguna para que marquen disidencias frente a ese patrimonio político-administrativo que ahora consideran suyo y al que entienden hacer servir para sus fines”. Halperin Dongui, T. *Historia contemporánea de América Latina*. 2005. pág.96.

<sup>4</sup>Consultar cifras en cuadros II y III sobre Ingresos y creación de recursos financieros, 1811-1815 y 1816-1819, cit. en Halperin Dongui, T. *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino* pp. 122 y 125.

<sup>5</sup>Barrancos, D. pág. 53. Y agrega: “Ni las mujeres decentes, ni ninguna otra, por rica o empinada que fuera, alcanzaron el umbral de la ciudadanía: en 1821 se sancionó el voto universal para los varones, sin restricciones relacionadas con la propiedad, la profesión o la alfabetización, pero las mujeres fueron excluidas. Una completa desigualdad con los varones las asimilaba, más allá de su más completa divergencia social y étnica”. *Ibid*, pág. 87.

<sup>6</sup>Fragmento de la carta que Belgrano enviara al Director Supremo, Pueyrredón, en 1816, contando las acciones valerosas de Juana Azurduy. En Carranza, A. pág.152.

<sup>7</sup>Udaondo, E. *Diccionario biográfico colonial argentino*, Huarpes, Buenos Aires, 1945. pág.692.

<sup>8</sup>Por Orden Real del 24 de febrero de 1807, en Sabor Vila de Folatti, S. pp.5 y 6. Es justo agregar que dicho reconocimiento debió ser suficientemente efímero como para figurar, años después, en los documentos de un juicio por desalojo, emprendido contra ella al no poder pagar una pieza de alquiler. En Udaondo, op. cit., p.692. y en Deleis, M., de Titto R., Arguindeguy, D. pág. 30.

<sup>9</sup>Barrancos, Dora, op. cit. pág.62.

<sup>10</sup>Myers, J. “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860” en Devoto, F., Maero, M. pág.120.

<sup>11</sup>La vida de Mariquita ganó, desde entonces, notoriedad pública. Las tertulias realizadas en su casa se convirtieron en un punto de referencia para las discusiones políticas, culturales y artísticas del momento. Tuvo cinco hijos, fruto de su matrimonio con el capitán Martín Thompson. Éste fue enviado en 1816 a Estados Unidos, en misión diplomática, buscando respaldo norteamericano a la inminente declaración de la independencia. Thompson, sin respuesta favorable y con su salud muy comprometida, volvió a Buenos Aires, muriendo en alta mar en 1817. En 1820, la viuda, contrajo matrimonio con el francés Washington de Mendeville, con quien tuvo un hijo más. La incompatibilidad de caracteres hizo que se separaran en 1835, momento en que Mendeville partió hacia Ecuador, para cumplir funciones diplomáticas. Nunca volverían a reunirse aunque seguirían manteniendo una relación epistolar hasta la muerte de él, en 1863. En el gobierno de Rivadavia, y a pedido de éste, fundó y presidió la Sociedad de Beneficencia. Se exilió en Montevideo durante el gobierno de Rosas y tras la caída de su gobierno retomó la labor en la Sociedad de Beneficencia. Falleció en Buenos Aires en 1868.

<sup>12</sup>Baltasar Hidalgo de Cisneros ocupó el cargo de virrey desde 1809, reemplazando a Santiago de Liniers, quien ganó ese título tras ser la figura relevante en la expulsión de los ingleses durante las invasiones de 1806 y 1807.

<sup>13</sup>*La Gazeta*, 26 de junio de 1812, en Pichel, V. pág. 20.

<sup>14</sup>“Las tertulias que organizaba Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña, entre 1804 y 1810 eran la “cobertura” social para reunirse una de las primeras sociedades secretas de la emancipación americana, el llamado “partido de la Independencia” que integraron Juan José Castelli, Nicolás y Saturnino Rodríguez Peña, Manuel Belgrano, Juan José Paso y Martín Rodríguez, entre otros. Allí se preparó la Revolución de Mayo y se formó la lista de integrantes de la Primera Junta de Gobierno”. En Deleis, M; de Titto, R; Arguindeguy, D, op. cit., pág. 30.

<sup>15</sup>“En desmentida de que pertenecen a un género apegado a lo tradicional y reaccionario al cambio, a lo nuevo, las mujeres se lanzaban a la calle “para sostener los derechos” o para animar a cumplirlos, como ese grupo encabezado por doña Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña que, semanas antes de la formación de la Junta Patriótica, alentaron al coronel Saavedra con estas palabras: “Coronel, no hay que vacilar; la patria lo necesita para que la salve, ya ve usted lo que quiere el pueblo, y usted no puede volvernos la espalda”. Calver, L. “Revoluciones, minué y mujeres” en Fletcher, L. (compiladora).pág.168.

<sup>16</sup>Mariano Moreno, uno de los ideólogos de la Revolución de Mayo de 1810, ocupó el cargo de Secretario en la primera Junta de Gobierno. Desde allí representó a la fracción más transformadora de la Revolución, (quienes buscaban no solo cambio administrativo sino también una modificación de la estructura social y económica), enfrentándose al grupo más conservador de Saavedra. Al encontrarse en minoría renuncia a su cargo y es enviado a Londres en misión diplomática, pero muere envenenado en alta mar a los pocos días de partir.

<sup>17</sup>En Deleis, M; de Titto, R; Arguindeguy, D, op. cit., pág. 32.

<sup>18</sup>El historiador Adolfo Carranza creó y presidió el Museo Histórico Nacional hasta su muerte, en 1914. Fue un defensor de la identidad nacional, como pertenencia colectiva que aglutina a la sociedad. Dedicó su vida a reunir y producir textos y obras de arte sobre hechos de la organización del país, con fines políticos y pedagógicos.

<sup>19</sup>En Carranza, A., op. cit., pág. 159.

<sup>20</sup>*Ibid*, pág. 73.

<sup>21</sup>*Ibid* pág. 145.

<sup>22</sup>*Ibid* pág. 149.

<sup>23</sup>En Frías; B, *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina*, Tomo II, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1971.



<sup>24</sup>Se les llamaba “bomberos” a las mujeres que realizaban labores de espionaje, llevando información de los ejércitos españoles a las tropas criollas.

<sup>25</sup>Fuente: Documentos para la historia integral argentina 3. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981.

<sup>26</sup>En Carranza, op.cit., pág.152.

<sup>27</sup>En Halperin, T. *Historia contemporánea de América Latina*. pág.100.

<sup>28</sup>*Ibid.* pág. 101.

<sup>29</sup>Myers, op.cit., pág.115.

<sup>30</sup>Esto se relaciona con lo que Waldo Ansaldi, siguiendo a Gramsci, define como “revolución pasiva”: “una combinación de continuidades y de cambios, o de renovaciones y restauraciones, en el conjunto de la sociedad, que la modifican efectivamente (la modernizan) sin transformarla radicalmente, un proceso que reconoce el poder y privilegios de clases o grupos tradicionales dominantes en regiones menos desarrolladas en términos capitalistas, al tiempo que frenan o bloquean el potencial transformador que eventualmente pueden expresar o demandar clases subalternas”. Ansaldi, W. pág. 55.

<sup>31</sup>Deleis, M., de Titto R., Arguindeguy, D. pp. 135 y 136.

<sup>32</sup>El mote de “pajuerano” viene de “pa juera” (“para afuera”) y se utiliza para referirse a aquellos que pertenecen al ámbito rural y desconocen las costumbres de la ciudad. El origen de la definición se da desde la cultura urbana que se considera “dentro” y define a quienes han quedado “fuera” de la misma.

<sup>33</sup>Ansaldi, W. op. cit., pág. 59.

<sup>34</sup>Es importante aclarar que esta visibilidad tardía se dio sobre todo en la historia surgida desde el centro político e intelectual que significó Buenos Aires. No así, o en menor medida, en la historiografía del interior donde se revalorizó antes el rol de estas mujeres, aunque más influidos por la cercanía geográfica, que por una reivindicación política de sus proyectos.

<sup>35</sup>Juana Azurduy, Carta de respuesta a la coronela Manuela Sáenz, Cullcu, 15 de diciembre de 1825. Citada por: Gargallo, Francesca. El feminismo y su instrumentalización como fenómeno de mestizaje en nuestra América. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, dic. 2009, vol.14, no.33, pág. 27-36.

<sup>36</sup>Berta Wexler analiza las acciones de Juana Azurduy a cargo de un

cuerpo de caballería conformado por veinticinco mujeres, (aproximadamente), en su libro: *Juana Azurduy y las mujeres en la revolución Altooperuano. Las heroínas altooperuanas como expresión de un colectivo. 1809-1825*. Allí expresa: “El grupo que ella condujo, actuó por sorpresa, retrocediendo cuando el enemigo atacaba. Cuando éste huía ellos avanzaban para dar combate. (...) Juana Azurduy representó como pocas a la guerrillera. La lengua española adjudica el término “guerrillera” a la mujer del guerrillero, porque no se concibe al género femenino capaz para esta acción. En este caso, sí, Juana fue la esposa de Manuel Ascencio, pero al ser ella capaz de conducir los ejércitos de hombres y mujeres (Leales y Amazonas) quienes la acompañaron también lo fueron sin necesidad de ser las mujeres de tal o cual guerrillero”, pág. 75.

<sup>37</sup>Se hace referencia a la obra *El ensayo del Himno Nacional en la sala de la casa de María Sánchez de Thompson*, de Pedro Subercaseaux, óleo sobre tela, realizado en Santiago de Chile en 1909. Esta obra forma parte de una serie de cuadros realizados por Subercaseaux y adquiridos por el Museo Histórico Nacional, cuyo director era Adolfo Carranza, durante la organización del Centenario de la Revolución de mayo de 1810.

<sup>38</sup>La cita y la explicación se corresponden a Rodríguez Molas, R. “El negro en el Río de la Plata”. Y agrega “La infantería negra constituye en determinados momentos más de una cuarta parte de las tropas regulares sin tener en cuenta a aquellos que forman la reserva. (...) Los esclavos cubren los claros que deja el entusiasmo, al parecer no muy fervoroso, de los ciudadanos”. pp. 27 y 28.

<sup>39</sup>Citado por Sosa de Newton; L. “La Mujer en los Ejércitos argentinos”, pág. 20. Y agrega, citando a Bischoff, “porque el chinerío seguidor de los batallones no pocas veces constituyó un peso muerto para el desplazamiento de la soldadesca. Sin embargo, aquellas mujeres aparecían como por encanto en el momento del triunfo o para aliviar las desgracias de las retiradas y de los desastres... Más de una vez alguna tomó el fusil de un muerto y comenzó a disparar con certera puntería...Algún chasque se enancó en el caballo y galopó leguas y leguas para llevar el parte pidiendo auxilio. Al descolgarse de la cabalgadura se dieron cuenta de que había disimulado su condición mujeril debajo del guardamonte y las bombachas, pág. 20.

<sup>40</sup>“En el ejército de San Martín se alistó Pascuala Meneses, con nombre y ropas de varón para no ser advertida, sin embargo hasta que

fue descubierta cumplió tareas a la par del resto de la tropa. Numerosas negras y mujeres cumplieron tareas de acompañamiento del ejército en las campañas libertadoras”. Wexler, B. “Aquellas mujeres encontraron un camino”, pp. 28-35.

<sup>41</sup>Dillon, S. *Las locas del Camino*, pp. 82 y 83.

<sup>42</sup>Barrancos, op. cit., pág. 86.

<sup>43</sup>Citado por Pichel, op. cit., pág. 25.

<sup>44</sup>Ceballos, R. “Por la Quebrada de Humahuaca, Juana Azurduy condujo las fuerzas patriota”, nota del suplemento cultural del diario PREGÓN, San Salvador de Jujuy-Argentina, domingo 18 de julio de 2010, pág. 3

<sup>45</sup>Gregorio Aráoz de Lamadrid las evocó en sus memorias: “Es digno de transmitirse a la historia una acción sublime que practicaba una morena, hija de Buenos Aires, llamada Tía María y conocida como “madre de la patria”. Tenía dos hijas mozas y se ocupaba con ellas de lavar la ropa de la mayor parte de los jefes y oficiales y acompañada con ambas se le vio constantemente conduciendo agua en tres cántaros que llevaban a la cabeza desde un lago o vertiente situado entre ambas líneas y distribuyéndola entre los diferentes cuerpos de la nuestra y sin la menor alteración.” Citado Sosa de Newton, op. cit., pág.20. [Algunos historiadores consideran a María Remedios del Valle como una de las niñas de Ayohuma. Pero en el relato que ella misma hace, (en el juicio por su pensión), sobre la actuación desarrollada en el frente de batalla, nada dice sobre este evento o circunstancias parecidas.]

<sup>46</sup>Goldberg, M. pp. 29 y 30.

<sup>47</sup>Berta Wexler y Graciela Sosa, tomando a Víctor Barrionuevo Imposti, consideran que la contribución más importante, voluntaria o no, realizada por las damas patricias fue la cesión de esclavos. Por ello se preguntan: “¿Llamaremos patricias a las mujeres que cedieron un esclavo?”. En Wexler, B.; Sosa; G. “El Mayo de las mujeres”, *La Marea*, Revista de Cultura, Arte e Ideas, Número 28 (Invierno 2007). Con respecto a la deuda que la cultura argentina, en general, tiene con los negros, Marta Goldberg dice: “Los argentinos están orgullosos de ser el país más blanco de Latinoamérica y de que la ciudad de Buenos Aires sea comparada muchas veces con las capitales europeas por el aspecto de su población, su arquitectura y su movimiento cultural. El orgullo que llega a veces a la soberbia en los nacidos en Buenos Aires, los lleva a “olvidar” la presencia

negra en su historia y en su cultura, presente en el baile que los identifica en el mundo entero: el tango". En Goldberg, op. cit., pág. 25. Del mismo modo, Hebe Clementi, cuestiona la ausencia de la población negra en los discursos sobre reivindicaciones sociales que caracterizan la historia nacional: "No conozco mujeres argentinas políticas que se hayan planteado esta semántica coloreada desde la vocación igualitaria que es base de la argumentación política democrática." En Clementi, H. "Una semántica para argentinas", en Fletcher, L. (compiladora). *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Feminaria Editora, Buenos Aires, 1994. pág. 144.

<sup>48</sup>Luzuriaga, A. J.; Benencia, J. A. pág. 117.

<sup>49</sup>*Ibid.* pág. 118.

<sup>50</sup>"Pero con posterioridad, en la época del Rosas y bajo su directa protección, el candombe resucitará y vivirá su período de mayor apogeo". En Goldberg, op. cit., pág. 34.

<sup>51</sup>Vilaseca, C. (compiladora). *Cartas de Mariquita Sanchez. Biografía de una época*, Ed. Peuser, Buenos Aires, 1952. pp. 49 y 50.

## Bibliografía

Acha, O. y Halperin, P. (compiladores). *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de Historia de género en Argentina*, Ediciones del Signo, Buenos Aires, 2000.

Ansaldi, W. "¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara? El uso de las categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas", en Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral, N° 2, Santa Fe, Primer semestre 1992.

Barrancos, D. *Mujeres en la Sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Carranza, A. *Patricias Argentinas*, editado por Sociedad Patricias Argentinas, Buenos Aires, 1910.

Deleis, M.; de Titto, R.; Arguindeguy, D. *Mujeres de la Política Argentina*, Ed. Aguilar, Buenos Aires, 2001.

Deleis, M., de Titto, R., Arguindeguy, D. *Cartas que hicieron historia*, Aguilar, Buenos Aires, 2001.

Devoto, F.; Maero; M. *Historia de la vida privada en la Argentina*, Taurus, Buenos Aires, 1999, Tomo I.

Dillon, S. *Las locas del Camino*, Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto, 2005.

Fletcher, L. (compiladora). *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Feminaria Editora, Buenos Aires, 1994.

Frias; B. *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina*, Tomo II, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1971.

Goldberg, Marta “Nuestros negros: ¿Desaparecidos o ignorados?”. Revista *Todo es Historia* N° 393, Buenos Aires, 2000, pp. 29 y 30.

Halperin Dongui, T. *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Buenos Aires / Madrid 6ta. Ed., Buenos Aires, 2005.

Halperin Dongui, T. *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*, Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

Ibarguren, C. *En la penumbra de la historia argentina*. Ed. La Facultad, Buenos Aires, 1932.

Luzuriaga, A. J., Benencia, J. A. *Formación castrense de los hombres de armas de Belgrano*, 3ª ed. Instituto Belgraniano, Buenos Aires, 1996.

Pichel, V. *Mi país y sus mujeres*, Ediciones de la Patria Grande, México, 1990.

Rodríguez Molas, R. “El negro en el Río de la Plata”, en *Bibliopress*, Año 5, N° 9, Buenos Aires, marzo/abril-2003. pp. 12 a 31.

Sabor Vila de Folatti, S. *Actuación de la mujer en las Invasiones Inglesas al Río de la Plata; 1806-1807*, Publicación de la UNL, Santa Fe, 1950.

Sosa de Newton, L. “La Mujer en los Ejércitos argentinos”, en *Las mujeres y sus Luchas en la Historia Argentina*, Ministerio de Defensa, Buenos Aires, 2006.

Wexler, B. “Aquellas mujeres encontraron un camino”. *Revista Cuadernos*, Año 8 - N° 21, Buenos Aires, Diciembre de 2005 - Enero-Febrero de 2006. pp. 28-35.

Wexler, B., Sosa, G. “El Mayo de las mujeres”, *La Marea*, Revista de Cultura, Arte e Ideas, Número 28, Buenos Aires, Invierno 2007.

Wexler, B. *Juana Azurduy y las mujeres en la revolución Altoperuano. Las heroínas altoperuanas como expresión de un colectivo. 1809-1825*. Revista Historia Regional. Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres. UNR. 7ma. Ed. Rosario, 2001.

En *Heroínas incómodas* se reflexiona sobre la pluralidad de experiencias femeninas durante el proceso de independencia de Hispanoamérica de la monarquía española: las mujeres lucharon con las armas en la mano, fueron espías, propagandistas, rabonas... Unas pertenecían a las clases altas y conspiraban en los salones. Otras procedían del pueblo bajo, con problemáticas propias como la esclavitud de las negras o la discriminación racial de las indígenas. Todas asumieron un protagonismo inédito en un mundo efervescente. Sin embargo, conseguida la libertad, fueron relegadas nuevamente al espacio doméstico.



ISBN 849398654-2



9 788493 986544